

Breve historia del Teleclub Bonavista

Salvador Serrano Cepillo

El escritor británico Eduard Thomas dijo que “El pasado es la única cosa muerta cuyo aroma es dulce”. Creo que esta frase refleja fielmente la sensación que muchos de los vecinos de Bonavista, que vivimos el nacimiento y desarrollo del Teleclub, hemos experimentado mientras contemplábamos cómo las excavadoras hacían desaparecer en poco días hasta el más mínimo rastro del edificio que albergó las instalaciones de aquel entrañable rincón que significó tanto en nuestras jóvenes vidas. El “Teleclub Bonavista” en realidad hace ya muchos años que desapareció como tal pero sus paredes seguían aguantando el paso del tiempo y alimentando nuestros recuerdos; ¿quién de nosotros, paseando por la Plaza de la Constitución no ha levantado la vista hacia la segunda planta de este edificio pionero sin poder reprimir un cierto cosquilleo interior; un ramalazo de nostalgia al evocar nuestras siluetas juveniles recortadas tras los cristales? Quizá por esta razón muchos tenemos la ingrata sensación de que el derribo de este viejo edificio que atesoraba entre sus muros tantos capítulos de nuestra historia, tanto personal como del barrio (iglesia, colegios...), ha firmado definitivamente el acta de defunción de nuestro querido Teleclub. Pero si como dijimos al principio “el pasado es la única cosa muerta cuyo aroma es dulce”, significa ni más ni menos que nuestros recuerdos, nuestras vivencias a lo largo de aquellos años gloriosos en que nos sentimos pioneros de algo, son dulces. El Teleclub Bonavista forma parte de nuestro pasado y está muerto, pero su recuerdo es dulce y vivirá con nosotros. Vamos a recordarlo.

Corre el año 1969 y Bonavista ya es un barrio que crece sin parar entre algarroferos y viñas a lo largo de una pequeña loma que corre paralela a la Nacional 340, sobre el mar. Mis recuerdos de aquellos duros años, los últimos de la década de los 60 y los primeros de los 70 con toda su carga de emotividad y de idealismo se traducen en una trepidante sucesión de flashes en blanco y negro. En aquellos tiempos de juventud recién estrenada, cuando apenas nos habíamos sacudido de encima la adolescencia, como crisálidas, los más jóvenes del nuevo barrio nos encontramos de la noche a la mañana convertidos en el prototipo a pequeña escala de una nueva generación en un nuevo barrio. Una generación que a nivel mundial se revelaba como rebelde y comprometida.

Rebelde en su empeño de pasar de atavismos y compromisos con el pasado y comprometidos con un futuro en el que los más jóvenes tuvieran la oportunidad de ser escuchados. Una de las secuencias de la película de esos años me sitúan en una noche cualquiera mientras deambulo en compañía de mis recién estrenados amigos, sin rumbo y sin meta, por las calles embarradas y casi vacías de mi nuevo barrio; los callejones duermen envueltos en la húmeda oscuridad de la noche que avanza; sueñan estáticos bajo el cielo de un azul oscuro y brillante en el que parpadean millares de puntos de plata helada sobre el terciopelo de su cúpula. Abajo, sobre la tierra nos guía a trechos la luz mortecina de una triste bombilla en lo alto de algún poste desde el que a duras penas consigue enfocar el barro y los charcos de la calle y proyectar sobre las paredes encaladas nuestras delgadas siluetas que gesticulan torpemente como sombras chinescas. Somos un pequeño grupo de jovencuelos despistados que apuran con ansia la noche; un puñado de sombras sin rumbo que caminan de un lado para otro como una bandada de gorriones desorientados en busca de un refugio donde pasar la noche.



¿Alguien se acuerda del trole?

Alguien se extrañará, y con razón, de este enfoque mío al estilo NO-DO de los recuerdos de los viejos tiempos, pero este extraño fenómeno, como casi todo, tiene una explicación bastante sencilla: Bonavista, desde el momento mismo en que se levantó la primera vivienda en los terrenos que pertenecieron a la antigua "Masía de La Bonavista" (de aquí su nombre) estuvo destinada a convertirse en el barrio dormitorio por excelencia de la emergente Ciudad de Tarragona durante las décadas

venideras puesto que reunía todos los "requisitos" exigibles para optar a esta dudosa "categoría": la situación del barrio en "tierra de nadie", lejos de la ciudad, donde no molestábamos a nadie con nuestra presencia ni nuestras humildes viviendas estropeaban el paisaje; nuestro bajo estatus sociocultural, propio del emigrante y consecuentemente nuestra pobreza y la necesidad apremiante de un salario, circunstancia esta que nos obligaría a aceptar cualquier oferta laboral por miserable que fuese. Estas "cualidades" nos acreditaron ante los mandamases de la época como "reserva de mano de obra barata y obediente para las empresas del entorno". Empresas que ya en esos años perdían el culo por instalarse en Tarragona con vistas a aprovechar el "boom" de la construcción del polígono petroquímico sur o el del floreciente turismo que de manera acelerada comenzaba a llenar los núcleos costeros de franceses y alemanes hambrientos de sol y playa a precios tirados y cogorzas aseguradas a base de alcohol de garrafón.

Como todo el mundo en Bonavista los jóvenes también formábamos parte de ese ejército entregado de trabajadores sufridos y dóciles que de lunes a sábado usábamos el barrio casi exclusivamente para dormir y reponer fuerzas con vistas al día siguiente en que de nuevo deberíamos enfrentarnos a otra agotadora jornada de trabajo como peones de albañil, ayudantes de camarero en Salou o de aprendices con cualquier paleta, fontanero o electricista que nos explotaría sin consideración; era nuestro destino. Sin embargo los jóvenes, a pesar del cansancio producido por las largas jornadas de trabajo (12 horas, de sol a sol), nunca nos rendíamos a la cama sin antes haber quemado unas cuantas horas en inútiles paseos nocturnos o en lánguidas tertulias que solían acabar siempre de la misma manera: aburriéndonos unos en compañía de otros, que es la manera más humana y solidaria que tienen los seres humanos de aburrirse. La noche era lo único que a los jóvenes de entonces nos pertenecía por entero y nos devolvía nuestra condición de seres humanos libres; la noche nos hermanaba y nos unía; de noche conseguíamos hacer nuevas amistades en los escasos bares que comenzaban a montarse tímidamente y casi siempre, después de que estos hubiesen cerrado sus puertas apurábamos el último minuto enfrascados en tontas discusiones bajo los frondosos algarroberos que todavía poblaban nuestras calles. Siempre bajo las estrellas porque nuestro escaso tiempo de ocio se lo robábamos a las oscuras horas del sueño del que huíamos en un intento desesperado de prorrogar nuestro escaso ciclo de relación y amistad. La noche era desesperadamente nuestra porque durante sus horas oscuras nos sentíamos libres; en cambio el día, como vereis, no nos pertenecía.



Lo nuestro, desde siempre, ha sido reclamar

Y esto era así porque nuestra jornada laboral como la de todos los residentes en el barrio comenzaba a las siete de la mañana cuando los que íbamos al centro de Tarragona o a las playas (la gran mayoría), equipados con nuestras bolsas para el bocadillo y la comida del mediodía bajábamos hasta la carretera (N-340) donde el autobús de la empresa Gasol de La Canonja, nos trasladaría al centro de la ciudad para que cada cual se dirigiese por su cuenta hasta su puesto de trabajo.



El barrio crecía lentamente; este era el estado de la calle 3.

Los vecinos que trabajaban en Reus tendrían que cubrir a pie el camino hasta La Florida, un punto de la carretera frente a La Canonja y distante casi cuatro kilómetros desde Bonavista para tomar el trolebús de Firtesa que les llevaría hasta la población vecina. Aquí terminaba el horario de los medios de transporte urbano de la época. Hasta las siete de la tarde no tendríamos de otro medio para volver al barrio. A esa hora el mismo destartado autobús que nos trajo nos abandonaba a la entrada de Bonavista, con la bolsa vacía y el cuerpo derrengado. No hace falta decir que para esa hora en verano ya casi estaba anocheciendo mientras que en invierno era ya noche cerrada cuando regresábamos, por fin, a nuestros hogares. Este horario laboral, aunque en nuestros días cueste trabajo crearlo, se extendía de lunes a sábado, semana tras semana.

El domingo, por fin, era nuestro día; un día entero solo para nosotros. Tampoco es que fuese tarea fácil reservárnoslo del todo, esa es la verdad, porque nuestras familias estaban por entero volcadas en la construcción de la vivienda familiar, que se levantaba a golpes de domingo y festivo y nuestra responsabilidad como hijos nos obligaba a arrimar el hombro de manera solidaria, aunque a regañadientes, al menos durante la mañana, porque eso sí, nos reservábamos la tarde entera para nuestro solaz. Los domingos por otra parte, solían ser especialmente monótonos y faltos de cualquier aliciente para el elemento joven en aquella vieja Bonavista; los cabezas de familia y los hermanos mayores excavaban cimientos a golpe de pico sin levantar cabeza, subían paredes de ladrillo, hormigonaban forjados o amasaban mortero de cemento con el agua que la noche anterior consiguieron traer de la única fuente del barrio, después de largas horas de espera y de agrias disputas con el caradura de turno. Las mujeres lavaban la ropa atrasada de toda la semana, hacían la comida para todos y ayudaban a los hombres en lo que podían mientras atendían a los cobradores que, puntuales como las golondrinas, se presentaban sin falta cada domingo para cobrar el plazo de la compra del solar, tarea que realizaba con toda eficiencia el Sr. Bertrán cinta métrica y libreta en mano; la cuota de los materiales de construcción adquiridos a plazos, que recaudaba casa por casa el Sr. Ramón Llauradó y algún que otro acreedor inesperado que siempre solía dejarse caer de manera inesperada.



A pesar de todo la gente se enamoraba

Bonavista se formó como quien dice de la noche a la mañana. Es pues barrio de aluvión. Este calificativo suele ser aplicado a casi todos los suburbios de las ciudades más o menos populosas pero que adquiere su pleno significado cuando lo aplicamos al componente humano que en aquellos años se fue asentando entre nosotros. Estamos en 1969 y el barrio cuenta ya con más de 6000 habitantes procedentes de distintas provincias españolas, especialmente de Andalucía y Extremadura. Familias instaladas en casas a medio construir; casas que se levantaban sin orden ni concierto puesto que no había autoridad alguna que controlase el proceso de edificación que transcurría a un ritmo vertiginoso. Tal aglomeración de gente asentada en tan corto espacio de tiempo (cinco ó seis años, todo lo más), dio como resultado una especie de pequeña Babel donde casi nadie conocía a casi nadie, excepción hecha de los miembros de una misma familia o de determinados clanes que solían estar formados por parientes o vecinos de un mismo pueblo que conformaban una especie de sociedad familiar destinada a construir entre todos la vivienda que habría de acogerlos en lo sucesivo y en la que esperaban comenzar una vida mejor. Con este panorama se comprenderá que la vida social en este ambiente cerrado y receloso, era nula. Por encima de todo primaba la asistencia al trabajo que absorbía cada minuto de nuestra vida sin ofrecer apenas un respiro para reconocer a los que de la noche a la mañana se establecían a

nuestro lado. Únicamente escapábamos a esta rutina los elementos más jóvenes de la "comuna" que por el mero hecho de serlo teníamos más capacidad de relación con la gente de nuestra edad que aterrizaba en Bonavista un día sí y otro también y algo más de tiempo para dedicarlo por las noches al encuentro y al callejeo. Poco a poco se ensanchaba nuestro círculo de amigos y juntos recorriamos los bares en ruidosa caravana; nos quedábamos discutiendo hasta las tantas, bajo las estrellas o escuchábamos juntos los discos de las máquinas tragaperras que acaban de instalar en algún bar de los que frecuentábamos, hasta que nos echaban. El círculo se multiplicaba día a día, al mismo ritmo que el barrio y en poco tiempo el elemento joven formaba ya un grupo social claramente definido que abarcaba individuos procedentes de diferentes lugares geográficos y de estratos sociales y culturales claramente diferenciados, pero unidos por unas circunstancias adversas que lejos de distanciarnos tenían la ventaja de hacer de todos nosotros una piña.



Y se casaba

Pero, (Siempre ha de haber un "pero"), en situaciones especialmente difíciles como eran las de entonces las necesidades exclusivas de los más jóvenes no podían considerarse un objetivo prioritario en la comunidad pero para nosotros constituía un grave problema para el que no encontrábamos

solución, al menos a corto plazo dado el estado lamentable del barrio. Nuestro problema era la carencia de un sitio a dónde ir, donde reunirnos; necesitábamos un lugar de encuentro que no fuera un domicilio particular, donde además no cabríamos ni la sombra maternal de cualquier algarrofero del descampado. Aspirábamos a un local en el que sentirnos solos y a gusto para hablar de nuestras cosas y trazar nuestros propios planes. Lógicamente no existía entonces en el barrio instalación alguna de estas características y suplíamos estas carencias reuniéndonos en los reservados de los escasos bares; allí veíamos la televisión y charlábamos hasta agotar la paciencia del sufrido camarero. No éramos nosotros los únicos grupos que andaban desperdigados; la Asociación de Vecinos de Bonavista llevaba desde el año 1965 reuniéndose en la clandestinidad donde buenamente podía y las asociaciones de corte obrero y sindicalista, tipo HOAC también comenzaban a organizarse donde podían o les dejaban.



En esta reunión se fragó el Teleclub.

¿Por qué los jóvenes nos resignábamos a aburrirnos en el barrio sin lanzarnos a tantear otras posibilidades de relación con el entorno, tales como salir de fiesta a Tarragona o al vecino pueblecito de La Canonja a cuyo término municipal pertenecía Bonavista? Ciertamente era esta una posibilidad que ya habíamos puesto en práctica pero los resultados negativos que obtuvimos fueron lo suficientemente disuasorios como para hacernos desechar tal aventura. La escasez de medios de transporte hacia el centro de Tarragona (un autobús por la mañana y otro por la tarde de lunes a sábado y el domingo sin servicio) era por sí solo un escollo insalvable. Ninguno de de nosotros contaba con medio de transporte propio por lo que la opción Tarragona quedaba descartada. La opción de La Canonja, por otros motivos también había terminado de mala manera. Por

si esto no fuera suficiente había además un motivo de peso que influyó de manera decisiva en esta decisión y no era otro que la sensación de hostilidad y rechazo social hacia Bonavista y hacia sus habitantes que percibíamos a nuestro alrededor. Huelga decir que los orígenes de Bonavista como barrio fueron totalmente atípicos; esto significa que no fue planificada de antemano como los barrios que irían surgiendo posteriormente; era lo menos parecido a una urbanización estructurada según los cánones urbanísticos al uso y carecía de lo más elemental para acoger a un contingente de inmigrantes de tal magnitud. Esta circunstancia hacía de nosotros unos vecinos nada deseables y el rechazo social no tardó en hacer su aparición en torno nuestro. Este rechazo que se manifestaba automáticamente al conocer nuestra pertenencia del barrio de Bonavista fue poco a poco coartando nuestras salidas al exterior y reduciéndolas a lo estrictamente laboral. De aquí a la marginación total de un barrio como el nuestro solo había un paso y ese paso se dio con pleno conocimiento por parte del Ayuntamiento de Tarragona de la época y del de La Canonja así como del resto de instituciones públicas que debían haber velado por el bienestar y por la dignidad de los miles de seres humanos que nos hacinábamos en aquel suburbio sucio e insalubre sin las más elementales condiciones de habitabilidad, pero que de manera vergonzosa miraron hacia otro lado. Esta es una verdad que los vecinos de Bonavista no podemos ni debemos olvidar por muchos años que pasen. Por su parte La Canonja, el municipio más próximo a nosotros, tuvo buen cuidado a su vez de marcar las distancias y mantenernos alejados de su territorio. A lo largo de varios años las escasas o nulas relaciones con sus habitantes estuvieron marcadas por la indiferencia y la hostilidad hacia los "charnegos" que llegaban sin parar. Su hostilidad llegó a alcanzar cotas difíciles de explicar llegando al extremo de vaciar y agujerear los bidones de agua que algunos vecinos iban a llenar a sus fuentes ante la falta de suministro en el barrio o increpando y ensuciando la ropa de las mujeres que se atrevían a acudir al lavadero municipal del pueblo para hacer su colada. Para colmo de nuestros males un desdichado incidente entre vecinos del barrio, acaecido unos años atrás y que acabó de manera trágica con la muerte al parecer a golpes de hacha de uno de los contendientes, acabó de arruinar nuestra injusta mala reputación de tal manera que a partir de entonces además de "charnegos" fuimos los habitantes de la "ciudad del hacha", o incluso, en el colmo de la xenofobia de la "ciudad sin ley"; adjetivos a todas luces injustos y sin fundamento como muy bien hemos demostrado a lo largo de los años, pero que en aquellos tiempos tan extremadamente delicados para nosotros contribuyeron a convertir a Bonavista en un barrio aislado; un barrio prácticamente sin puentes con el exterior; rodeado de hostilidad por todas partes y abandonado a su suerte. Posiblemente esta situación límite que estoy describiendo resulte increíble para muchos, a la luz de la realidad actual, pero la historia no tiene vuelta de hoja. El aislamiento en que nos vimos envueltos nos obligó por así decirlo a comportarnos como un

pequeño pueblo, a autoabastecernos y a potenciar y desarrollar las tradiciones que cada familia había traído consigo, ante la negativa de la sociedad de nuestro entorno a integrarnos en su vida, a compartir con nosotros su cultura y sus tradiciones. Esta actitud hostil nos impulsó a luchar por lo nuestro contra viento y marea, espalda contra espalda. Se generó un fuerte vínculo de solidaridad entre vecinos hasta el punto de que era corriente ver a familias enteras ayudando a otras familias en la construcción de su vivienda o a varias familias a la vez colaborando en las obras de albañilería de alguna otra con menos recursos. Esta especie de estado de sitio fue el responsable de unirnos fuertemente durante todos los años que duró esta situación, que fueron muchos; tantos que algunos todavía albergamos serias dudas de que verdaderamente hayan terminado.



Contábamos con la ayuda inestimable de D. Higinio Mazipe, nuestro querido y recordado "Mosén Verruga".

Hay en la actualidad mucha gente que sigue sin tener claro el porqué de la peculiaridad sociocultural que todavía a día de hoy hace de Bonavista un barrio que no tiene nada que ver con los de su entorno, un barrio diferente, atípico; se preguntan el porqué de sus calles numeradas, de su desfile propio de Carnaval, de su desfile de Semana Santa, humilde pero devoto, de la pervivencia de tradiciones y costumbres que más se corresponden con las de un pequeño pueblo andaluz que con las de la barriada de una capital de provincias. Es natural que los que no vivieron la dureza de los primeros años se hagan esta pregunta, sin embargo creo que de este extenso preámbulo se deduce la explicación; Bonavista es así no por decisión nuestra sino porque las circunstancias nos obligaron. Porque nadie movió un dedo para ayudarnos cuando estábamos con el agua al cuello; porque no tuvimos padrinos generosos que levantasen las escuelas y

guarderías que necesitábamos ni políticos ni autoridades que se apiadasen de nuestra situación. Los colegios, las guarderías y los pocos equipamientos conseguidos los arrancaríamos más tarde los vecinos por nuestra cuenta jugándonos la vida en duras luchas sociales actuando una vez más como ya estábamos acostumbrados a hacerlo: hombro con hombro. Puede que suene mal esta afirmación, pero es justamente lo que el barrio piensa: no existe absolutamente nadie de fuera del barrio que se merezca una placa con su nombre en nuestras calles, por eso siguen y seguirán estando numeradas.



En el campo, al aire libre. Era la mejor manera de conocerse y pásaselo bien. D. Higinio era el encargado de mantener las cosas en su sitio.

Soy consciente de que me he pasado bastante con las explicaciones precedentes pero creo sinceramente que eran necesarias; es indispensable conocer el estado del barrio hace cuarenta años para comprender y valorar en su justa medida la resonancia y las consecuencias que el nacimiento del Teleclub, aquella especie de ateneo tutelado tuvo para los jóvenes de la Bonavista del año 1969.

La inauguración y puesta en marcha del Teleclub constituye un punto y aparte en la historia de Bonavista; fue un momento clave porque su influencia en el elemento joven, muy numeroso ya en aquellos años, fue tan decisivo que bien puede decirse que cambió la trayectoria de nuestras vidas. Puede que en aquellos momentos y en los años que siguieron no fuésemos conscientes de este fenómeno, pero ahora, con la perspectiva que da el paso del tiempo lo percibimos con claridad. La historia del Teleclub y la historia del barrio a partir de aquel momento, corrieron paralelas y no pueden dissociarse la una del otro. Siguiendo con lo nuestro y buscando los orígenes del Teleclub retrocederemos hasta una noche del invierno de 1969. Nos encontramos reunimos en la iglesia recién construida un grupo de entre cincuenta ó sesenta jóvenes del barrio en torno al párroco D. Faustino

Arnal Gallego en una reunión organizada por un grupito minoritario con una consigna clara y asumida que habíamos tenido buen cuidado de difundir entre el elemento joven; el planteamiento era tan simple y tan asumible que todo el mundo lo entendió y lo defendió: "Somos muchos los jóvenes que nos movemos en este barrio; apenas nos conocemos unos a otros, estamos todo atrapados en el mismo agujero y lo que necesitamos con urgencia es conocernos, hacer proyectos en común, sentirnos parte de algo; de algo que vaya más allá de lo puramente material, más allá del trabajo cotidiano y embrutecedor, de la penuria del día a día sin horizontes y sin ilusiones; algo que nos compense del aislamiento hostil que nos confina como en una isla en medio del océano convirtiéndonos en pequeños robinsones náufragos de la pobreza; súbditos de la miseria, ciudadanos del suburbio..." La cosa cuajó y tuvimos suerte; mucha suerte. Aquella fue nuestra gran noche, como aseguraba el francés Salvatore Adamo en una de aquellas canciones que tanto nos gustaban entonces. La asistencia fue masiva, la propuesta aceptada y aplaudida por todos y el párroco nos ofreció toda su ayuda y su colaboración. Tal fue nuestro entusiasmo y tan predispuestos estábamos que entre otras propuestas a corto plazo surgió de la asamblea un numeroso grupo de voluntarios dispuesto a organizar la Cabalgata de los Reyes Magos para el año próximo, del cual nos separaban apenas dos meses. Este pequeño grupo siguió trabajando con un entusiasmo y un sentido de la unidad y la responsabilidad tan fuertes que superado aquel primer desafío histórico siguió creciendo de manera imparable y asegurando su continuidad de generación en generación hasta llegar de alguna manera casi hasta nuestros días. Aquella noche, sin saberlo habíamos puesto la primera piedra para el Teleclub.



*Estos negros (con perdón), éramos nosotros. Jóvenes pajes del Teleclub.
Los reyes estaban dentro maquillándose.*

Por fin el 22 de septiembre de 1969, e inscrito con el nº 2469 en el registro de la Red Nacional de Teleclubs establecidos por el Ministerio de Información y Turismo cuya titularidad ostentaba el Sr. Fraga Iribarne, se creaba el TELECLUB BONAVIDA.



Carnet de socio del Teleclub Bonavista.

Su puesta en marcha, sin embargo, levantó recelos por parte de los grupos políticos de izquierdas que de manera abierta ya se movían por el barrio; el hecho de depender de un organismo oficial (El Ministerio de Información y Turismo) y de funcionar bajo el paraguas de la parroquia despertó ciertas suspicacias que, como después se demostraría, carecían de fundamento. Como muestra de esta actitud traeré aquí una anécdota que refleja el concepto equivocado que por entonces se tenía de los jóvenes,

en general, y en particular de los del teleclub: Para el día de la inauguración estaba prevista la asistencia del Cardenal D. Benjamín de Arriba y Castro además de alguna otra autoridad de tercera o cuarta fila y se decidió que yo, como presidente del teleclub y por decisión del grupo, diese lectura a lo largo del acto de un texto que habíamos redactado y consensuado entre todos, incluido D. Faustino. Pues bien, un par de días antes de la fecha prevista para el acontecimiento comencé a recibir presiones por parte de uno de estos grupos para que en lugar de nuestro texto diese lectura a un panfleto que ellos habían confeccionado en base a unas determinadas reivindicaciones sociales y políticas que ya por entonces estaban empezando a cuajar entre la clase popular. Nosotros aunque personalmente lo apoyábamos decidimos en cambio que no era aquel el momento ni el lugar adecuado para publicarlo y de común acuerdo optamos por nuestra redacción. Esto les hizo concebir la falsa idea de que estábamos desconectados de la realidad aunque como se demostraría más tarde se equivocaron en sus predicciones y el tiempo nos dio la razón demostrando con hechos que el Teleclub no estuvo nunca al margen de la realidad del barrio ni del país, ni siquiera del mundo, sino todo lo contrario.

Bonavista se perfilaba ya como el barrio rojo de Tarragona y en esa tarea los jóvenes de Tele Club arrimamos solidariamente el hombro y colaboramos con tanto entusiasmo como el que más.



Aquí Los hombres de Harrelson del Teleclub.

El funcionamiento del Teleclub estuvo fuertemente influenciado, como no podía ser de otro modo, por toda la serie de circunstancias que a partir de ese mítico 1969 vaticinaban ya el cambio de ciclo que se nos avecinaba. Muchos de los dogmas sociales intocables hasta entonces comenzaban a derrumbarse a nuestro alrededor dejando colgados infinidad de doctrinas y credos. Los jóvenes del Teleclub, constituidos de manera involuntaria en avanzadilla del barrio en materia cultural, éramos los que más al tanto de la actualidad mundial nos manteníamos. La información de lo que ocurría a

nuestro alrededor, léase Cataluña, España, Europa, el mundo, llegaba a Bonavista principalmente a través de la radio en los "partes" de Radio Nacional que las emisoras locales estaban obligadas a ofrecer en conexión con la estación oficial, entre espacio de discos dedicados y serial radiofónico y que contaban con una audiencia mayoritaria. La prensa escrita, sin embargo, todavía no llegaba al barrio y aún tardaría algunos años en hacerlo. La televisión era patrimonio de los bares que pudieron pagar el altísimo precio de los primeros receptores y que, lógicamente, la utilizaban como reclamo para atraer clientela. Para los más arrojados existían las emisiones de Radio España Independiente, "La Pirenaica", que los rojos muy rojos sintonizábamos en la intimidad de nuestro hogar mirando de reojo por el balcón por si aparecía el Jeep de los grises. Quiero decir que tanto la actualidad mundial como el momento sociopolítico de nuestro país, que comenzaba a esta hartazgo de dictadura y reclamaba tímidamente un soplo de libertad, nos llegaba con bastante retraso y muy censurada. No obstante los más jóvenes (siempre los más jóvenes), fuera por nuestro trabajo lejos del barrio o por nuestras propias inquietudes culturales solíamos estar más al tanto de lo que se cocinaba en nuestro pequeño mundo que el resto de nuestros vecinos y, con frecuencia nos tocaba hacer de improvisados periodistas. Presenciamos aquellos días, ante el televisor del Bar Antonio con unas cervezas y unas tapas de callos y berberechos por delante, de cómo el hombre pisaba por primera vez la luna; en este mítico local de cuyo aparato de televisión estábamos colgados y que casi se había convertido en nuestro cuartel general pudimos percibir claramente la tremenda importancia de Mayo del 68 en el París revolucionario y asistimos con los dientes largos a multitudinarios festivales musicales como el de Woodstock con todo lo que contenían de ruptura y negación de la mayoría de los desfasados tabúes a los que nosotros estábamos obligados a someternos. Todo este movimiento de renovación mundial, qué duda cabe, nos marcaba profundamente e influía en nuestro quehacer en el Teleclub; pero si algo nos impactó fue sin duda el mensaje tan sugestivo que se desprendía de un incipiente movimiento que avanzaba de manera implacable sobre Europa con su estela de pacifismo y su apuesta por el amor libre: el movimiento hippy; un nuevo estilo de vida que ya comenzaba a escandalizar al personal en las playas de Salou y Cambrils. "Paz, amor y flores" era su lema; tres palabras mágicas que resumían todo un proyecto de sociedad idealizada pero falsa, aunque esto último tendríamos ocasión de comprobarlo más tarde. De momento percibíamos tan solo una consigna seductora que nos prometía un mundo inmaterial exento de prejuicios moralistas: amor libre y sin ataduras, trabajos agradables y humanos que no degradasen a la persona y abolición de la propiedad privada, todo de todos y para todos. Un comunismo rosa tapizado de flores; una utopía de algodón dulce capaz de cautivar a cualquiera. Y nosotros no íbamos a ser una excepción.



Y aquí el servicio de limpieza pillado "in fraganti" zampandose el chocolate por el morro.

Pero el color de España por entonces no era precisamente el color rosa. Un atentado de Eta tuvo como consecuencia la implantación del estado de excepción en todo el país; un decreto que recortaba más todavía nuestras escasas libertades, si tal cosa hubiera sido posible y la represión policial se empleaba de manera brutal contra cualquiera que osase manifestar públicamente su desafección al régimen. Como anécdota que puede ilustrar el clima de crispación en que nos encontrábamos recuerdo un congreso bautizado como "Encuentro 68" y organizado en Barcelona por colectivos juveniles de carácter religioso al que acudimos un pequeño grupo de jóvenes del Teleclub por invitación expresa de los organizadores. La consigna era concentrarnos delante de la catedral para desde allí dirigirnos al recinto donde habrían de tener lugar las sesiones. Sobre las doce de la mañana, cuando ya habían llegado casi todos los convocados y estábamos a punto de iniciar la marcha aparecieron varias furgonetas de los "grises" que, sin mediar palabra se abalanzaron sobre los allí congregados, que no entendíamos muy bien lo que estaba pasando y nos molieron a palos. Ni que decir tiene que la desbandada fue general y el regreso a Bonavista accidentado. Aquello nos dejó bien claro el futuro que nos esperaba a nosotros, a la paz, al amor y a las flores.



Teníamos bar, barbería y equipo de fútbol (más bien malo)



Y muuuuuchas ganas de pasarlo bien

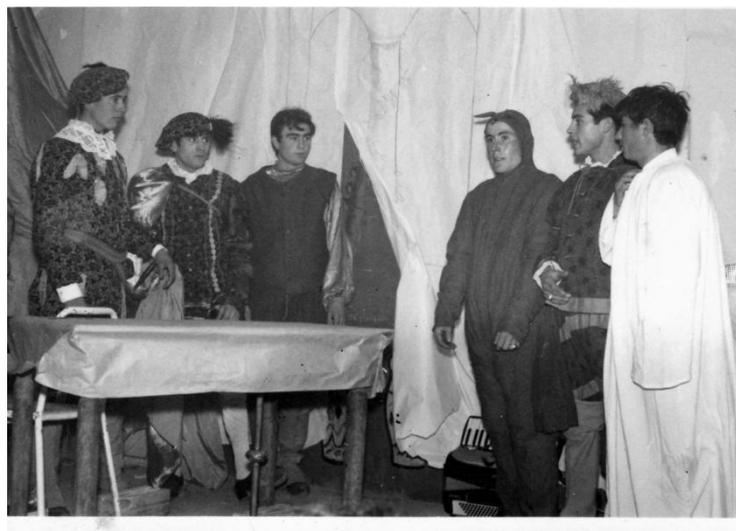
El día en el que por fin tomamos posesión de Teleclub creo que todos los presentes, aunque no lo manifestáramos éramos conscientes de que allí acababa una etapa de nuestra vida y comenzaba otra cuyo rumbo nos era imposible predecir pero que a decir verdad tampoco nos interesaba demasiado averiguar. El presente, que es lo que contaba, se nos ofrecía de manera atractiva, como el salón del Teleclub; lo encontrábamos amplísimo y luminoso; además del aparato de televisión, elemento clave del decorado básico contábamos con una pequeña biblioteca compuesta por textos de clásicos españoles y varias series de literatura juvenil y enciclopedias. Teníamos tocadiscos, magnetofón, proyector de diapositivas y una incipiente discoteca que íbamos engordando con las novedades musicales del momento (Módulos, Fórmula V, Pekenikes etc., etc.). Y contábamos también con una suscripción a los diarios de las provincias de las que procedíamos la mayoría de los socios: Jaén, Córdoba, Cáceres, Badajoz... Había equipos de ping-pong, futbolines y mesas y sillas libres por doquier para quien quisiera sentarse y conversar y sobre y por encima de todo había espacio de sobra para estar todos juntos, algo por lo que tanto habíamos suspirado. Recuerdo que nos pellizcábamos unos a otros en silencio para comprobar que no estábamos soñando. Más adelante, cuando todo estuvo organizado y en marcha montamos por nuestra cuenta un pequeño bar y los domingos por la tarde organizábamos guateques donde se bebía ponche y se bailaba...

El Teleclub modificó de manera importante nuestro tiempo de ocio y la manera de relacionarnos unos con otros. Su recinto se convirtió desde el primer día en punto de reunión y foro donde cobraban vida nuestras ideas y donde afluía libremente nuestra verdadera personalidad rodeados de compañeros y compañeras con los que compartíamos casi todo: sentimientos, miedos, alegrías, penas... El Teleclub contribuyó de manera decisiva en la consolidación de aquel sentimiento de solidaridad y de acogida entre los recién llegados y los que ya estábamos asentados en Bonavista, que tanto aportó a la formación de ese espíritu de barrio unido que muchos nos han envidiado y en el resurgir de una especie de orgullo de ser como éramos y de vivir donde vivíamos, quizá como respuesta a tantos desprecios como habíamos padecido. Con el Teleclub en marcha, para el elemento joven del barrio, cambió todo para bien: las tardes aburridas y largas del invierno se hicieron más llevaderas; los antes grises e interminables domingos se veían ahora animados por un sinfín de actividades en el Teleclub: una buena chocolatada, una buena sesión de baile con Los Águilas, el cumpleaños de alguien o el santo de cualquiera de nosotros. Todo era bien venido si servía para mantenernos ocupados y reunidos.



Como observaréis, nuestra moral estaba a salvo. D. Higinio vigilaba.

El Teleclub permanecía abierto casi todo el día: A cualquier hora que te dejases caer por allí podías encontrarte con alguno de tus amigos o conocidos, con algún miembro responsable de la Junta o con todos o a casi a todos a la vez; en el Teleclub nunca estabas solo: Por allí podrías encontrar a Mati Dorado, Ana Mari Ariño, Juan Ramirez , Antonio Chafino, Pepín Fernández, Angelita Peinado, Cristóbal, Benito, Matilde Hidalgo, Fuensanta López, Andrés Cobo, Isabel Ordoñez, Pepe, Paco, Fernando, Santiago, Vicente, Viky, María Asunción, Mari Pepa... tantos y tantos amigos entrañables que se hace imposible recordar el nombre de todos pero que sin embargo al evocar aquellos días memorables cierras los ojos y aparecen todos a tu alrededor de nuevo jóvenes y alegres como entonces. Pero ay, desgraciadamente es solo una ilusión y como tal se desvanece en cuanto los abres de nuevo.



¿Alguien se acuerda de "Los tres valientes", que en el fondo eran unos "cagaos"? Suerte de Mosén Higinio que escondió a tiempo la botella de coñac que llevábamos para combatir el "miedo escénico", que si no...

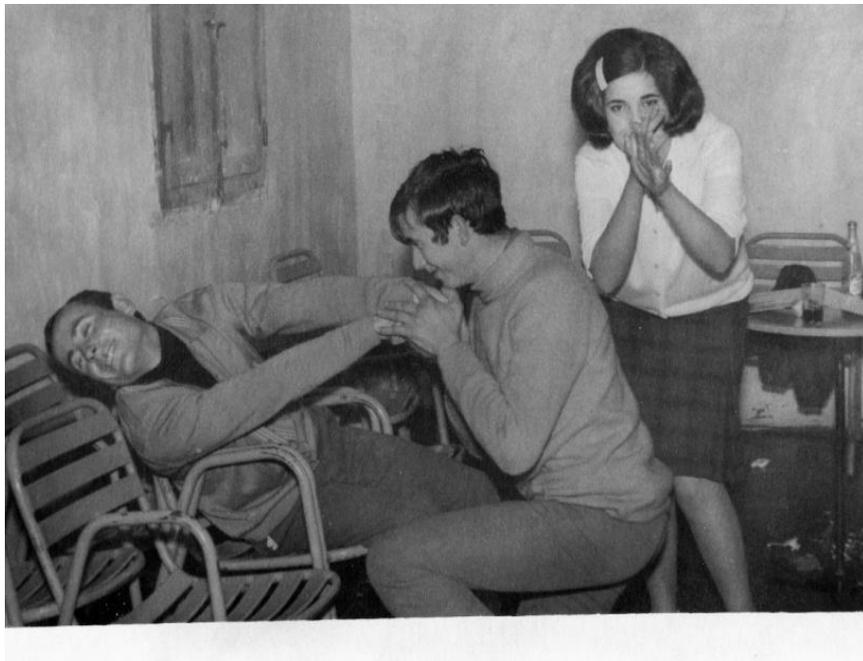
Éramos muy jóvenes los socios del Teleclub; casi todos acabábamos de abandonar la primera juventud con su carga de sueños y utopías y nos enfrentábamos a la siguiente etapa de nuestra vida que adivinábamos más exigente y más comprometida. Éramos conscientes de ello y sin embargo esta especie de convicción compartida nos aportaba cierta inmunidad, como si eternamente fuésemos a estar arropados los unos con los otros transmitiéndonos alguna especie de inmunidad frente a los ataques despiadados de la vida cotidiana. Sin embargo cuando aún saboreábamos las mieles de la consecución de nuestro primer gran logro, el Teleclub, ya teníamos que enfrentarnos cara a cara con la muerte de uno de los nuestros. Pepín, nuestro querido amigo Pepín, (José Fernández López), falleció a causa de un accidente y su muerte tuvo sobre nosotros un efecto demoledor. Éramos muy jóvenes y su desaparición, por inesperada y por cercana nos sumió en una especie de trauma colectivo cuya superación nos llevaría bastante tiempo. Aquella primera noche sin nuestro amigo la pasamos en un Teleclub a oscuras y en silencio hasta que nos rindió la madrugada sentados en un rincón sin saber qué hacer, qué decirnos, sin apenas mirarnos; fue una noche tremendamente dura que nos dejaría marcados para siempre. Posteriormente y a lo largo de los años, por desgracia, iríamos dejando por el camino otros amigos igualmente queridos e inolvidables: Andrés Cobo, Antonio Chafino, Angelita Peinado, Cristóbal, Pepe..., pero para entonces la vida ya se habría encargado de mostrarse ante nosotros con toda su descarnada dureza.



Hubo desmadre, mucho desmadre.



Despendole...



Desenfreno...



..... Y calma.

Día a día, domingo a domingo se fue consolidando la personalidad de nuestro Teleclub y la primera hornada de jóvenes responsables del mismo, los que le imprimieron el carácter que habría de identificarlo y hacerlo especial fueron cediendo el paso a los que ya venían empujando. El proceso fue lento pero implacable; día tras día nos compenetrábamos más y más; establecimos lazos de amistad que trascenderían más allá de lo puramente circunstancial y desafiarían el paso de los años hasta llegar a la actualidad.

A medida que transcurría el tiempo y el país se transformaba en un clamor unánime contra la dictadura franquista los guateques y los bailes se alternaban con reuniones clandestinas en las que los representantes de los trabajadores en huelga o con dificultades se coordinaban y programaban sus movilizaciones. Bajo su techo se coordinaban las células secretas del PSUC con su secretismo casi masón o se encerraban los resistentes de la célebre huelga de autobuses de Bonavista huyendo de las cargas policiales; era una simple cuestión de adaptarse a los tiempos y al ritmo que marcaba el barrio: un domingo actuaban en el Teleclub Los Doble RR o Los Junior's y al siguiente se organizaba un recital contestatario de José Antonio Labordeta. Era el barrio el que marcaba la pauta y el Teleclub simplemente se limitaba a secundarlo. Fue así de esta manera como se fue consolidando día tras día hasta llegar formar parte inseparable de Bonavista.



Y siempre la paz del campo...



La recogida de la farigola en Viernes Santo... Toda una tradición.



El "cumple" de nuestro amigo Andrés Cobo en la playa...

El destino sigue su camino de manera inalterable como los ríos siguen su curso y nada ni nadie puede alterar su trayectoria. Siguiendo esta lógica comprenderemos que en cualquier actividad humana, por gratificante que sea, acaba por imponerse el ritmo de la vida y el paso del tiempo hace inevitable el cambio, la renovación. Se imponía el relevo generacional y había que ceder el paso a los que llegaban por detrás empujando, y nuestro Teleclub no podía sustraerse a esta ley natural. Dijo Plinio El Joven que "cuanto más felices son los tiempos, más pronto pasan", y los nuestros, precisamente por felices, se nos pasaron volando. Sin apenas darnos cuenta nos habíamos hecho "mayores", por lo que se llegaba el lógico "relevo generacional"; había que ceder el paso a otra gente más joven y con más ganas que nos pedía paso. Cualquiera podría pensar en una actitud hostil por nuestra parte al vernos superados por la siguiente generación. Pero no era nuestro caso; este tránsito no se vivió como una ruptura traumática y agria sino que constituyó un proceso natural; un suave deslizamiento que fue desplazando a los mayores de los puestos de cabeza para que los fuesen ocupando los que llegaban. Las circunstancias personales y familiares de cada uno hicieron el resto situándonos a cada cual frente a su futuro y uno tras otro nos fuimos dispersando y cortando poco a poco los vínculos que nos unían con el Teleclub y con la mayor parte de los compañeros de aquellos tiempos memorables.



Y ya al atardecer, la despedida, la puesta de sol y al fondo el castillo. Y por cierto, ¿a que le quedaba muy bien la gorra de marinero a nuestro cura?



SIRVAN ESTAS PAGINAS COMO HOMENAJE A NUESTRO QUERIDO
TELECLUB